



Homilía

Solemnidad de la Inmaculada Concepción

Sta. Iglesia Catedral, Jueves 8 de Diciembre de 2011

Queridos: Sr. Deán; sacerdotes concelebrantes; religiosas; seminaristas; representantes de instituciones diocesanas; hermanos/as todos en el Señor:

La fiesta de la Virgen que hoy celebra la Iglesia con carácter universal, tiene para nosotros un matiz especial: celebramos a la Patrona de nuestra Diócesis de Asidonia-Jerez, la **Inmaculada Concepción**, cuya imagen se levanta gloriosa ante nosotros. Además de Patrona de España, esta advocación mariana es de las más populares y queridas entre nosotros, que también vivimos en la *“tierra de María Santísima”*. Todo lo cual nos lleva a la alegría y a la acción de gracias al Poderoso, que **“hizo en Ella obras grandes”**, nos sumamos a las generaciones que a lo largo de los siglos la felicitan y honran, y a Ella nos unimos en su canto agradecido y eterno, cuyo eco resuena vivo en la comunidad de los que siguen a Jesús: **“se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador”**.

La Iglesia, desde sus primeros tiempos, tuvo siempre conciencia de que María era —en palabras del ángel- la **“llena de gracia”**, de que la mirada de Dios estuvo siempre posada en Ella y por lo tanto, en ningún momento estuvo bajo la influencia del mal. Esta intuición, creída crecientemente con certeza de fe y celebrada más tarde en la liturgia, fue encontrando palabras para ser expresada; al principio como **“concebida sin pecado original”** hasta culminar en la proclamación dogmática cuyo 150º aniversario celebramos hace unos años. Así lo decíamos anoche, en la vigilia juvenil que aquí mismo celebramos:

*“María puede responder con **“todo su corazón, con toda su alma y con todo su ser”** (cf Dt 6, 5) porque ha sido creada totalmente libre, con un corazón plenamente abierto a la voluntad de Dios, sin ninguna sombra que oscurezca la pura relación del Creador con su criatura. Ese es el contenido de la fiesta que hoy celebramos, de la verdad escondida que Pío IX el 8 de Diciembre de 1854 proponía a toda la Iglesia como **“dogma de fe”**:*

“... que la Santísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de culpa original, en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo, salvador del género humano”

En efecto, con la primera caída consumada en el Paraíso, el hombre —Adán y Eva, y con ellos su descendencia...- perdió, no su *“imagen”*, pero sí su *“ semejanza ”* con Dios (Gn 1, 26), es decir, su santidad original, su lugar en el Paraíso donde gozaba de la amistad y cercanía de Dios .. La primera consecuencia del pecado es el miedo, la necesidad de ocultarse, el no aceptar su propia realidad al contemplarse a sí mismo...

“...oí tu ruido en el jardín.. me dio miedo, porque estoy desnudo, y me escondí..”, exclama Adán sorprendido y temeroso ante la Presencia de Dios.

Pues bien, María no tiene que esconderse en el jardín, como los hombres han hecho descubriendo la vergüenza de su desnudez pecadora, desde Adán y Eva (cf. Gn 3, 7-11). María, con mirada

limpia, en un gesto de amor y de humilde transparencia (**«He aquí la sierva del Señor»**: Lc 1,38), responde ante el proyecto de Dios con la plena libertad de quien dispone totalmente de sí: **«FIAT, Hágase, cúmplase en mí tu voluntad...»** (ibid)

La mirada de Dios en Ella ha purificado sus ojos, ventana de su espíritu, para que, con una mirada limpia y transparente, pueda contemplar la realidad divina en toda su **“grandeza”**, como proclamará en su Canto (Lc 1, 46). Se cumple en Ella la Bienaventuranza que Jesús proclamó en el Sermón del Monte: **“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”**. Con esta mirada comprende lo que ha recibido en orden al plan divino **“en favor de la casa de Abrahán y su descendencia...”** (ibid 1, 55) y da gloria a Dios testimoniando: **«ha hecho en mí cosas grandes aquel que es Poderoso»** (Lc 1,49).

María se descubre así mirada por la gracia de unos ojos que la contemplan con misericordia. La propia bula ***Ineffabilis Deus***, proclamada por Pío IX, recoge esta idea, expresada ya por los Padres de la Iglesia, recordando que la Virgen es el inicio de la **«primitiva obra de la misericordia»** (Cf. n. l). María se siente envuelta por la mirada de Dios, que pone sus ojos en los humildes y en los pobres (cf. Lc 1, 47-56); que a los humildes reviste de pureza y santidad, y a los pobres les da una herencia eterna, como Jesús proclama también en lo alto de la Montaña: **“Bienaventurados los pobres porque vuestro es el Reino de Dios”**. (Cf Lc 6, 20)

María es la Mujer donde se contempla el Creador, que no necesita templos construidos por la mano y la presunción del hombre... pero que sí gusta del corazón que por la fe se hace templo y morada del Altísimo: **“en ese pondré mis ojos –dice el Señor por el profeta Isaías- en el humilde y sencillo que se estremece ante mis palabras”**. (Cf. Is 66,2). Por eso María es el espejo de la fe donde se nos invita a mirar a todo cristiano; es la Madre que nos enseña a caminar guiados por el Espíritu: **“lámpara es tu Palabra para mis pasos, Luz en mi sendero”**. (Cf Sal 119, 105).

Por tanto, hermanos, contemplemos a la Inmaculada y aprendamos de Ella a construir nuestra vida en la adhesión absoluta y plena a la voluntad de Dios. Situémonos en Nazaret y reflexionemos sobre la fe de María, que aparece como el manantial permanente de su alegría y la orientación fundamental que marca el sentido de su vida.

¡Alégrate, llena de gracia!

Al contemplar la Anunciación descubrimos que el Ángel le anuncia su elección para ser la madre del Hijo del Altísimo. Las palabras del enviado por Dios para saludarla (**“llena de gracia”**, que en María es como un nombre propio), sugieren ya lo que la Iglesia más tarde expresará afirmando que fue **“concebida sin pecado original desde el primer instante de su ser”**.

Se trata de un singular don concedido para que pudiese dar el libre asentimiento de su fe al anuncio de su vocación. Era necesario que estuviese totalmente poseída por la gracia para responder adecuadamente al plan de Dios sobre Ella, en orden a la salvación de todos los hombres. Se fía absolutamente del enviado y de Quien le envía..., pone su vida en manos del Señor. Así lo declara en términos que recuerda la ratificación de una alianza: **“hágase en mí según tu Palabra”**.

Esta es la gran invitación que se nos hace a nosotros en este día: imitar a María, fiarnos de Dios y no tener miedo a la oposición del mundo, ni a lo impredecible del futuro, ni siquiera a la propia debilidad. Nos avala también la experiencia de San Pablo que, temeroso de sí mismo, ante el proyecto de Dios para él, nos cuenta:

“...por este motivo por tres veces rogué al Señor que se le alejase de mí. Pero Él me dijo: <te basta mi gracia, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza>”.
(Cf 2 Co 12, 8s)

Vale la pena, pues, acoger la llamada de Cristo y seguir con valentía y generosidad el camino que nos proponga. Si Él elige, Él da la gracia. La fe no es fruto del esfuerzo humano, ni de nuestra razón, sino que es don de Dios y supone una relación personal con el Señor, la adhesión total y

plena con todo nuestro ser a la manifestación que Dios hace de Sí mismo. Es Él Quien toma la iniciativa, que nos muestra su intimidad y nos invita a participar de su misma vida divina.

María, la Mujer del Adviento, nos alienta a abrir las puertas de nuestro corazón a su Hijo que viene a encontrarse con nosotros, que nos invita a seguirlo, que quiere tener una relación especial con cada uno de nosotros. Como la Virgen dejémonos envolver por este amor y sintamos en esta celebración la alegría de sabernos amados de Dios. Sí, sintamos la alegría de ser queridos por el Señor, que nos ama tanto que cuenta con nosotros, haciéndonos formar parte de la Iglesia de Jesucristo y asociándonos a su misión de anunciadores de su Buena Noticia, no solamente con palabras sino con nuestra propia vida.

“Para mí la vida es Cristo”

El misterio de la Inmaculada Concepción no sólo hace alusión exclusiva a la obra de Dios en Ella respecto a la preservación de toda mancha de pecado original, en el primer instante de su ser, sino que la pureza de María, su fidelidad a la gracia, es como lo más distintivo de toda su Persona y constituye la base esencial de su virginidad perpetua y de su absoluta santidad; la Iglesia Oriental la venera en sus iconos como la **“Toda Santa”** y entre nosotros la evocamos, además de **“Santísima”**, como la **“siempre Virgen María”**.

Todo lo cual nos pone de manifiesto que la vida de la Virgen tuvo en la fe el sentido total de su existencia y la meta de su destino. San Pablo, totalmente volcado también en su llamada al anuncio del Evangelio, lo expresará diciendo: **“para mí la vida es Cristo”** (Cf Filp 1, 23). El testimonio del Apóstol es un reto para nosotros porque, además, nos confirma en el mensaje que hoy nos propone la Inmaculada:

«La Virgen María al recibir la Palabra con corazón limpio, mereció concebirla en su seno virginal, y al dar a luz a su Hijo, preparó el nacimiento de la Iglesia» (Prefacio).

En efecto, la Iglesia tiene una vocación apostólica a imagen de la fe y entrega de la Virgen María. De hecho, Ella es el espejo perfecto del seguimiento de Jesús. Pues, también a nosotros, como comunidad de discípulos, se nos invita a seguir los pasos de nuestra Madre, esto es, a vivir la actitud contemplativa de la Santísima Virgen, la actitud de fe y adoración a Dios, nutrida y cultivada por los Sacramentos, por los encuentros con Cristo, Nuestro Señor.

Si en la Penitencia reconocemos la verdad de nuestra vida, en toda su grandeza y debilidad, en la Eucaristía el Señor sella en nosotros la Palabra dándose sacramentalmente en su Cuerpo y en su Sangre... **“Ave verum corpus ex María virgine”**, canta la liturgia. El Cuerpo de Cristo en la Cruz, nacido de María, Virgen e Inmaculada, y ahora glorioso en el cielo, es el que recibimos en el Sacramento del Amor... Por aquí vemos cómo la pureza de la Virgen es el horizonte en el que se divisa la santidad de la Eucaristía... Acoger a Cristo con el Corazón Inmaculado de María es también una vocación de todo cristiano.

Detengámonos hoy en esta actitud de adoración ante el Misterio, que en breve vamos a contemplar, y dejémonos seducir por Jesús y María .. para que también Ellos sean para nosotros, - como en la vida de la Virgen- manantial de nuestra alegría y orientación total de nuestra vocación y existencia. Así sea.

**+ José Mazuelos,
Obispo de Asidonia-Jerez**